



ENTRAÑAS DE PENUMBRA

Cuentos lúbricos

Fernando Lucas García Siles

ENTRAÑAS DE PENUMBRA

Cuentos lúbricos



Primera edición: Mayo de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Fernando Lucas García Siles

© Imágenes interior: Esther Raindo

ISBN: 978-84-18250-88-0

ISBN digital: 978-84-18250-89-7

Depósito legal: M-11240-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

PARA TODOS AQUELLOS QUE...

Para todos aquellos que buscan una razón para vivir, para ser felices, para olvidar las desgracias cotidianas que impregnan el alma, el corazón y la mente de congoja...

Para todos aquellos que buscan consuelo, que anhelan sentirse reconfortados con la lectura, que se refugian tras la palabra escrita como si de un mágico sortilegio se tratara...

Para todos aquellos que todavía creen en el ser humano, en su bondad, en el justo destino que hará de ellos seres dichosos...

Para todos aquellos que, de una forma u otra, todavía piensan que todo tiene arreglo y que siempre habrá una luz al final del túnel en el que se ha convertido su existencia...

Para todos ellos...no va dedicada esta obra, lo siento mucho. Buscad por otro lado, que seguro que tendréis más suerte.



Prólogo

Asomarse a *Entrañas de penumbra* supone un acto tan valiente como suicida y de gran irreverencia social.

Navegando entre sus páginas no dispones de otra cartografía que la que seamos capaces de dibujar con el único utensilio de nuestra introspección y nuestra conciencia.

Revoluciona tus latidos y borra todo rastro de realidad, tan absurda y viciosa.

Historias duras, desasosegantes y salvajes con agallas de ser contadas.

Dejan resaca en la conciencia.

Calientan cabezas frías.

Queman puentes hacia la rutina.

Letras bala al corazón,

así, a bocajarro.

Palabras a quemarropa

y balas en la sien.

Te desnudan.

Te estremecen.

Te hacen el amor.

Te empujan.

Te arañan.
Te golpean.
Te hieren.
No dejan nada indemne.
Un ladrillazo para ver las estrellas,
para ver una luz,
por pequeña que sea.
Para matar y morir sin sangre, sin heridas, sin muerte.
Con tan solo la fuerza de la palabra.
Lugares donde habitan
nuestros monstruos particulares.
Ráfagas de desazón
y pegada al latido,
la carne viva que escuece,
que no deja de escocer.
Auténticas heridas sin anestesia ni vacunas,
la vida en vena,
mostradas con la elegancia del ser amable en el momento cruel.
Todo tiene su precio
y no siempre se elige.
Personajes testados en la épica de la vida:
Codiciosos, usureros,
egoístas.
Vidas sepultadas escupiendo su verdad.
Vidas que pierden la calma.
Sangran los días,
seducen, asesinan,
aturden, confunden
y luego fornican,
roban, aman, desnudan.
Reinciden.
En cada cuento hay todo un mundo,
otro mundo,
y su tiempo también es otro.

Vivimos en el paraíso del chisme, la calumnia, el rumor y la difamación.

Y después otro cuento como simulacro.

Entrañas de penumbra, no es apto:

a los estereotipos

a domadores de miserias

a trapecistas con red

a los sin rostro con sonrisa pintada

a los de alas rotas de tanto otear el suelo

a los que avalan conciencias y maquinan coartadas.

No apto para ti si tienes miedo a conocerte y a que te descubran.

Al autor no se le queda nada atascado en la garganta.

Lo que inflama y pincha,

lo que duele y deja afónico,

son las confesiones silenciadas que muerden ahí dentro.

Toma la palabra urgente y se quema siempre con su fuego.

La palabra que cura y agobia,

que acompaña y explica,

que inquieta y reflexiona.

Como misiles directos al cerebro, encuentra la palabra para convertir lo salvaje en dócil y pierde la calma,

sangra el día y rompe las reglas establecidas.

Huye de la normalidad,

de toda clase de atadura social que condicione.

De los estándares que producen la mediocridad, en la que se sustenta gran parte del éxito de nuestra sociedad.

¿Cómo manejar sus turbulencias?

Respirando fuerte.

Abrochando el cinturón.

Colocando los tapones para los oídos.

No temiendo abandonarse.

Gerundio, siempre con gerundios.

«Déjense redimir y lean»
(Yo aprendo de él
y admiro su fondo de ojos limpios.
El alma libre es rara...
...es un superviviente).
Y una vez profanado
Entrañas de penumbra,
¡joder! ¡Qué cabrón!
(con orgullo y admiración).

Ángela Menéndez.

ENTRAÑAS DE PENUMBRA

Cuentos lúbricos



EL PERRO APALEADO

Celia es una buena mujer y de siempre lo ha sido. Celia había sido criada de forma ejemplar, en el seno de una familia ejemplar, en un ambiente ejemplar. Desde chica le habían inculcado, de la manera más natural, el amor a cuanto le rodeaba —fuera bueno o no tanto— y había aprendido a apreciar de todo ello lo mejor, lo bello. Sus benditos padres y sus maravillosos abuelos habían sido los pilares fundamentales de su modo de entender la vida y los amaba por ello; estaba agradecida, encantada, y cada vez que llegaba la noche, arrodillada en el suelo a un costado de la cama, con las manos entrelazadas implorantes al único Dios verdadero, siempre se acordaba de ellos en justo reconocimiento por lo feliz que la habían hecho.

Celia es una buena mujer, de eso nunca cupo la menor duda. Sus sentimientos eran puros y nunca albergaron doblez alguna. Si la miraseis con detenimiento veríais cómo su amplia sonrisa es franca y limpia, exenta de miedo y rencor. No, nunca los tuvo porque nunca, en su ya dilatada vida, tuvo razones para sentirlo; nunca había cometido ningún mal de forma voluntaria —que ella supiese— por lo que su alma estaba en paz.

Celia es una buena mujer, aunque en su modestia nunca quiso reconocerlo. Sin embargo, si de algo estaba verdaderamente orgu-

llosa, y lo clamaba sin pudor a los cuatro vientos, era de su irrefrenable amor hacia los animales. Era pasión irrefrenable, entrega y veneración sin límites. Su querido Señor —sin duda, porque deseaba que se entregase a esa noble tarea con todo su ser— la había privado de darle un marido y unos hijos; le había dejado absoluta libertad para ser la paladina de los más indefensos, librándola de otros menesteres que la distrajesen. Ella, agradecida sinceramente, cumplía a rajatabla con lo que estaba segura que era su sagrado deber: cuidar a los más desfavorecidos de las siniestras manos del ser humano.

Celia es una buena mujer pero, aunque amaba con desesperación a sus congéneres por ser sus hermanos e hijos del Padre Celestial, recelaba de ellos en su relación con las otras criaturas que poblaban la tierra. Sabía que muchos despreciaban a los animales, los maltrataban y humillaban por el placer de sentirse superiores, o por hacer un daño gratuito, o por mera diversión sin sentido. Quizá eso era lo único que enturbiaba su vida, lo único que ensombrecía una felicidad que se había ganado a pulso haciendo el bien en todo momento. Por esa razón se había propuesto no rendirse, luchar hasta la extenuación por sus derechos: se había hecho vegetariana, participaba en todas las agrupaciones en contra del maltrato animal, estaba en primera línea de todas las manifestaciones, iba a congresos, formaba grupos de resistencia y hacía todo lo que estuviese en sus frágiles manos.

Celia es una buena mujer, y ese sábado por la mañana decidió arreglarse tan solo con unas zapatillas y un vestido ligero para dar un paseo por el bosquecillo. La semana había sido agotadora y sentir la revitalizante y fresca brisa que frecuentaba la arboleda le vendría a las mil maravillas. Le gustaba ir a paso ligero para que, según ella, se le reafirmaran las nalgas después de pasarse tantas horas sentada a la mesa del ordenador cumplimentando miles de formularios en la oficina. Ponía la mente en blanco, limitándose a inhalar los aromas que la naturaleza se empeñaba en regalarle. Sonreía sin pudor extasiándose con ellos, dando gracias al destino,

a la naturaleza y al Creador por la bendición que aquello suponía. Entornaba los ojos y se dejaba llevar por el susurro de las hojas ondeantes, cual banderas primorosas, y por el piar de los pájaros. Aquello sí que era un inmerecido regalo y no tenía palabras ni acciones con las que agradecer tanta dicha, que tan solo era una insignificante mujer en medio del milagro de la creación. Con los ojos cerrados jugaba a deambular sin rumbo, creando de la nada senderos que la dirigiesen hacia ningún lugar determinado para perderse allá durante un buen rato a sabiendas de que nadie se preocuparía por ella, al menos durante bastantes horas. Y así lo hizo, se dejó llevar apoyándose en los árboles que le salían al paso, sintiendo su áspero tacto, la humedad densa y pegajosa de la savia que rezumaba de sus troncos. De vez en cuando levantaba el hocico divertida, simulando ser un sabueso que olfatea una presa. Más de una vez estuvo a punto de resbalar sobre el lodo o de tropezar con alguna raíz que se negaba a guarecerse de la intemperie, pero aquello no hacía más que incrementar su ansia por continuar. Palpó una gran roca, vestida de un grueso manto de musgo. La recorrió con la yema de los dedos, a ciegas, hasta encontrar una zona que, aunque no tan mullida, estuviese algo más seca para aposentar sus escuálidas posaderas. Se sentó y resopló. El paseo estaba siendo bien largo, aunque no le importaba. Sabía a ciencia cierta que, cuando volviese a la soledad que envolvía su hogar, tendría que tumbarse en el sofá con un buen vaso de agua con azúcar para evitar en lo posible las inminentes agujetas. No le importaba; más aún, las estaba deseando para poder sentirse viva, para que el tenue dolor de sus delgados músculos le recordase que tenía un cuerpo al que cuidar.

Posó su mirada cándida en las copas de los abedules y apoyó sus manos tras ella dejando caer hacia atrás el leve peso de su tronco. Levantó la cara y dejó que el viento fresco la acariciase como las suaves manos del amante que nunca tuvo y que tanto se había merecido, si no fuese porque su destino en este mundo era otro. Llenó su pecho de aire inhalando con fuerza y lo devolvió

lentamente, muy poquito a poco, como si lo paladease. Se miró las zapatillas embadurnadas y no se lamentó; poco o nada le esperaba que hacer en casa, así que limpiarlas sería un buen entretenimiento para ocupar sus eternos momentos de holganza.

Al irse a levantar, un desagradable ruido le llamó la atención. Era una especie de lamento, de ladrido lastimero, interrumpido por unas descomunales voces de hombre y por un rumor a golpes sordos. Intuyó lo peor y su instinto pocas veces la había traicionado. Salió disparada en aquella dirección convencida de lo que le esperaba y, al superar la somera loma que impedía su visión, descubrió la macabra escena: Tomás, el guardés del parque, el que hasta ese preciso instante creyó que era el más modélico de los hombres, molía a golpes a un perro. Los lamentos del uno y del otro penetraban sin compasión por sus tímpanos hasta llegar a su incrédulo cerebro. No, no daba crédito a lo que veía. Una estaca ensangrentada, en manos de aquel irresponsable, se empeñaba en percutir una vez tras otra, sin solución de continuidad, en el indefenso chucho cuyas patas posteriores parecían atadas a una cuerda. No, Tomás no era así, lo conocía desde que eran unos niños e incluso alguna vez, en el instituto, cuando ninguno de ambos sabía qué les depararía sus vidas, tontearon durante algún tiempo. Sin embargo, lo sabía perfectamente después de una vida dedicada al cuidado de los animales, era consciente de que la gente puede cambiar por alguna razón incomprensible o, simplemente, porque sí. Aquel mastín lo estaba pagando. Seguro que su, hasta aquel momento, amigo —que ya jamás lo volvería a ser— estaba proyectando sus frustraciones de aquella infame manera, cruelmente, henchido de sinrazón.

Celia es una buena mujer, pero no pudo reprimir su ira. Ladeó abajo, corriendo como si mil diablos la persiguiesen, clamaba al cielo por lo que veía, con el puño en alto, bien cerrado, amenazante y colérica. Nada era capaz de refrenarla, ningún obstáculo real o imaginario podría interponerse entre ella y aquel asesino de inocentes.

Al llegar a su meta, Tomás ni se percató de su presencia; solo atendía a apalearlo al chuco mientras que la tierra que les rodeaba, sus ropas y el recio pelo del animal, estaban impregnadas de una sangre recién vertida.

—¡Déjalo en paz, te lo suplico! —imploraba la mujer.

El guardés no le hacía el más mínimo caso. Sus ojos, rojos de ira, se clavaban en su víctima, mientras el madero percutía certero sobre él, provocándole un indescriptible dolor.

—¡Te voy a matar, hijo de la gran puta! —repetía obsesionado.

Cuando Celia intentó agarrarle del brazo para que cesase en su empeño, Tomás se sacudió sin miramientos, precipitándola contra el suelo tintado de grana. El perro, el mastín, intentaba defenderse lanzando cortos ataques que morían antes de nacer. Mordisqueaba frenético la soga que lo sometía, sin ningún éxito.

Celia es una buena mujer, y las buenas mujeres jamás permitirían algo como lo que estaba presenciando. Él no atendía razones, hipnotizado por la barbarie, seducido, como tantos y tantos otros, por los cantos de sirena de la violencia gratuita. Si no hacía algo pronto, aquel ser inocente e intrínsecamente bello moriría sin remedio y ella sería culpable, si no por acción, al menos por omisión, atormentando por siempre su alma sin mácula.

Celia es una buena mujer, y su determinación estaba bien clara. Se levantó rápidamente del suelo, miró a su alrededor en busca de algo con lo que defender al perro de aquel infame. Por fin, a escasos metros de distancia, una estaca idéntica a la que enarbolaba el asesino parecía invitarla, atraerla hacia ella. Sin pensárselo dos veces la asió con fuerza y le golpeó en la espalda al tiempo que le instaba a que lo dejase en paz. El hombre ni se inmutó; el impacto había sido minúsculo y no le había afectado lo más mínimo. Evidentemente, Celia no suponía ningún obstáculo para seguir haciendo lo que hacía y no perdería un solo segundo con ella. Contrariada, volvió a buscar algo con lo que volver a golpearle. Esta vez encontró una pala plana, manchada de barro fresco. Se acercó por detrás, rezando para que depusiera de una vez su

actitud antes de descargar el golpe que estaba decidida a darle, pero no lo hizo. Cerró los ojos musitando una plegaria, levantó su improvisada arma y la estampó contra su nuca sin apuntar. Tomás se derrumbó, cayó al suelo, inerte, ojabierto, emanando de la llaga recién hecha un chorrillo viscoso que presagiaba lo peor. Solo entonces el cánido calló e incluso pareció esbozar una sonrisa.

—¡No, por favor! No era esa mi intención, compréndeme. No te mueras, por favor.

No contestó. Había pagado, aunque de una manera un tanto sumaria, una acción tan impía. Aquello que había pasado no era más que un accidente provocado por su actitud, o al menos eso era lo que la mujer se obstinaba en creer mientras que intentaba reanimarlo sin éxito alguno.

Celia es una buena mujer y por eso se derrumbó. Nada de todo aquello tenía que haber sucedido, pero es que una acción lleva necesariamente a la otra. Sabía que había obrado con rectitud y que era necesario. Su intención había sido la mejor y no debería sentir remordimientos, sino todo lo contrario, la satisfacción del deber cumplido. Sin embargo, sus lágrimas empapaban sin tregua el rostro sin vida del que fuese su compañero de tantos años.

Por fin, resignada a lo inevitable, lo soltó con un reverencial cuidado, posando con delicadeza su cabeza en la arena. Miró en dirección al mastín y a sus ataduras. Realmente no estaba atado; más bien parecía que estaba enredado de forma accidental con una serie de nudos anárquicos. Como pudo, lo liberó y lo acarició con la pretensión de calmarlo, que había sufrido —ella había sido testigo de excepción— la más cruel de las torturas.

Al levantar por un instante los ojos le pareció ver como si de la cabaña de madera del guardés —donde sabía que vivía con toda su familia— llegase hasta donde ella estaba un reguero de sangre que se interrumpía aleatoriamente. Se levantó y, curiosa, se dirigió hacia el porche. Este estaba por entero manchado, pisoteado por las pezuñas del uno y por las botas del otro. Tragó saliva al tiempo que su agradecido compañero la seguía dócil. Abrió la puerta de

la casa y allá estaban: Teresa, la guardesa, la fiel y amante esposa de Tomás y sus dos tiernas criaturas, Juanito y Pedrote. Estaban en el suelo, quietos, en medio de un océano carmesí. Encendió la luz para cerciorarse de lo que creía ver. Detrás de ella, el perro lamía con frenesí aquel fluido desparramado, solazándose con su penetrante sabor. Celia sintió un escalofrío que le recorrió cuerpo y alma. Los cadáveres estaban semidescuartizados, semidevorados, mutilados, mordidos sin compasión. Estaba paralizada; su mente se resistía a entender lo que presenciaba y hubiese vomitado si no fuera porque no era consciente de sí misma.

Solo volvió en sí cuando, a sus espaldas, empezó a escuchar un incipiente rumor, algo así como el rugido gutural de una bestia, cuyo volumen se incrementaba por momentos. Se giró maquinalmente, aterrada. Sus ojos se clavaron en aquel descomunal ser. Su lengua todavía lamía el suelo, pero no apartaba la mirada de ella, con esa sonrisa que ahora se había transformado en lúbricamente infernal. Dejó de beber, se sentó sobre sus cuartos traseros, tomó impulso y en una décima de segundo colocó sus patas delanteras sobre los hombros de Celia. Su sádica mueca no desaparecía, más aún, a cada instante era más tenebrosa. Ladeó la cabeza abriendo sus fauces —cuyos colmillos estaban impregnados de trozos de carne fresca y sanguinolenta— y poniéndolas a escasos milímetros de aquel cuello de cisne. Celia intentó decir algo, pero no pudo.

Celia era una buena mujer.